ESCENA SEXTA

OTBERTO, REGINA, HATTO, MAGNO, GORLOIS, los burgraves, los príncipes, GIANNILARO, soldados; luego EL MENDIGO; luego JOB.

HATTO, á OTBERTO

¿Lo creéis así?

REGINA

¡Cielos, Hatto!

HATTO, á los arqueros

Prended á este hombre y á esta mujer.

OTBERTO, sacando su espada y deteniendo con el gesto á los soldados

Marqués Hatto, ya sé que eres un infame, ya sé que eres traidor, impío, abominable y bajo. Pero quiero convencerme de que en el fondo de tu corazón está también el miedo, fango y limo de todos los vicios. Aquí, entre nosotros, te confesaré que te tengo por cobarde y que todos estos señores—mejores que tú, barón—verán subirte la cobardía al rostro, cuando acabe de escupirte mi reto. Yo represento aquí, por libre voluntad de su elección soberana, á Regina, dama noble y condesa del Rhin. Ella te niega su mano, príncipe, y quiere ser mi esposa. Yo te reto, Hatto, á pie, junto al Visper, á tres millas de aquí, á toda arma, en campo cerrado, sin plazo, sin merced

y sin cuartel, depuesta la armadura, alzada la visera, á faz descubierta y á la misma orilla del río, en cuyas aguas habrá de arrojarse al vencido. Mata ó muere.

(REGINA cae desmayada. Sus damas se la llevan. OTBERTO corta el paso á los arqueros, que quieren acercarse.)

¡Que nadie se mueva! Quiero hablar á estos señores.

(A los príncipes.)

Escuchadme todos, marqueses venidos á la montaña, duque Gerardo, señor Uther, pendragón de Bretaña, burgrave Darío, burgrave Cadualla, en vuestra presencia abofeteo á este barón, invocando, para castigar sus crímenes, el derecho de los francos arqueros ante los condes francos.

(Tira su guante á la cara de HATTO. Entra el mendigo, confundido entre la turba de los asistentes.)

HATTO

¡Ya te he dejado hablar!

(En voz baja á GIANNILARO, que está á su lado.)

Y Dios sabe, Giannilaro, que mi espada tiembla en la vaina todavía.

(A OTBERTO.)

Ahora te digo: ¿Quién eres tú, mi bravo? Habla. ¿Eres hijo de rey, duque soberano ó margrave, para atreverte á desafiarme? Di tu nombre nada más. ¿Lo sabes? Tú afirmas ser el arquero Otberto.

(A los señores.)

Miente.

(A OTBERTO.)

Mientes. Tu nombre no es Otberto. Yo voy á decirte de dónde vienes, de dónde sales y lo que vales. Señor mío, tu nombre es Yorghi. No eres siquiera gentilhombre. ¡Ea, todos nos conocemos! Tu abuelo era

corso y tu madre eslava. Tú no eres más que un embustero, esclavo, hijo de esclavos. ¡Atrás!

(A los asistentes.)

Señores, hay príncipes entre vosotros; si alguno quiere tomar su partido, yo lo acepto desde luego, aquí ó fuera de aquí, pie contra pie, con dos dagas en las manos y el pecho desnudo.

(A Otberto.)

Pero tú, bandido corso, escapado de tus selvas,

(empuja con el pie el guante de Otberto)

arroja tu guante á los lacayos.

OTBERTO

¡Miserable!

EL MENDIGO, dando un paso, á HATTO

Marqués, tengo noventa y dos años, pero acepto el reto. ¡Una espada!

(Arroja su bastón y toma la espada de una de las panoplias suspendidas en el muro.)

HATTO, riendo

Un bufón nos faltaba y helo aquí, mis señores. ¿De dónde sales, compañero? Pasamos del bohemio al mendigo.

(Al mendigo.)

Dinos tu nombre.

EL MENDIGO

Federico de Suabia, emperador de Alemania.

MAGNO

¡Barbarroja!

(Asombro y estupor. Todos se separan formando un gran círculo al rededor del mendigo, que saca de entre sus harapos una cruz pendiente de su cuello y que mantiene en alto, mientras su izquierda descansa sobre su espada clavada en tierra.)

EL MENDIGO

¡He aquí la cruz de Carlomagno!

(Todas las miradas se clavan en la cruz. Momentos de silencio.)

Yo, Federico, señor del monte en que nací, electo rey

de los romanos, coronado emperador, espada de Dios, rey de Borgoña y de Arlés, violé la tumba en que duerme Carlomagno y he hecho penitencia de ello; veinte años he llorado y he rezado en el desierto, clavadas en el suelo las rodillas. Viviendo del agua de las lluvias y de las hierbas de los montes, fantasma odiado de los pastores y gentes de caza, el mundo entero me contaba entre los muertos. Pero he oído á mi pueblo que me llama, y salgo de la sombra en que vivía, desterrado voluntario. Es tiempo de erguir de nuevo mi cabeza sobre los que viven. ¿Me reconocéis?

MAGNO, acercándose

¿Quieres mostrarme tu brazo, César?

EL MENDIGO

¿La cicatriz que imprimió en él con un hierro candente uno de vosotros?

(Presentando su brazo á MAGNO.)

¡Mírala!

(MAGNO se inclina y examina atentamente el brazo del mendigo; luego vuelve á levantar la cabeza.)

MAGNO, á los asistentes

La verdad me obliga á declarar que éste es el emperador Federico Barbarroja.

(El estupor llega á su colmo. El círculo se agranda. El emperador, apoyado sobre su gran espada, se dirige á los asistentes, lanzándoles miradas terribles.)

EL EMPERADOR

En otros tiempos, cuando la espuela de oro sonaba en mis talones, me oisteis pasar por vuestros valles. Y hoy me reconocéis. Soy el señor. El que sometió á Europa y resucitó la Alemania de Oton, reina de mirar sereno. El que escogieron por juez soberano, como buen emperador y buen gentilhombre, tres reyes en Merseburgo y dos papas en Roma. El que dió, tocando sus sienes con el cetro de oro, la corona á Suenon y á Víctor la tiara. El que derribó el trono envejecido de los Hermann; el que venció alternativamente, en Tracia y en Icona, al emperador Isaac y al califa Arslán; el que, apretando Milán, Génova y Pisa, con sus guerras, furores y traiciones, tomó, en la palma de su mano, las cien villas de Italia; éste ahora está aquí y os habla. Surge otra vez delante de vosotros.

(Avanza un paso. Todos retroceden.)

He sabido juzgar á los reyes y entiendo de amordazar á los lobos. He hecho ahorcar á los jefes de siete villas lombardas; he roto el muro de diez mil lanzas que Alberto el Oso me oponía; he impreso mis plantas en todos los caminos; con mis propias manos he descuartizado á Enrique el León, y arrancándole sus ducados y sus provincias, he hecho catorce príncipes con sus ruinas; durante cuarenta años he desmenuzado con mi puño de acero vuestras torres del Rhin. ¡Ya me reconocéis, bandidos! Vengo para deciros que me mueven á piedad los dolores del Imperio, y que voy á borraros del número de los vivos y á esparcir vuestras cenizas á los vientos.

(Se dirige á los arqueros.)

Vuestros soldados me escucharán. Son míos. Cuento con ellos. Antes de estar á sueldo del deshonor, estuvieron á sueldo de la gloria. En aquellos tiempos servían á mis órdenes y más de uno recordará á su viejo emperador. ¿No es verdad, veteranos? ¿No es verdad, camaradas?

(A los burgraves.)

¡Ah, felones, mal nacidos, devastadores de pueblos!

Mi muerte os había hecho renacer. Pues bien, llegaos, oid, tocadme. ¡Soy el mismo!

(Da grandes pasos en medio de ellos; todos se separan.)

¡Que sois caballeros! Vosotros os decís: somos los hijos de los grandes barones y de los grandes gentilhombres, y les sucedemos. ¿Les sucedéis?... Vuestros padres, siempre nobles y nunca dominados, hacían la guerra en grande; atravesaban los ríos de un salto cuando les arruinaban el puente; plantaban cara á un hombre y á un ejército, y para tomar un castillo, por alto que estuviera, no necesitaban más que de una escala de madera que se doblaba á su peso y que apoyaban en el muro por donde resbalaba el azufre derretido, ó de una cuerda con nudos, que, en la obscuridad de las simas, balanceaba á aquellos tigres, más demonios que hombres. Despreciando los asaltos nocturnos, aquellos capitanes, desafiaban al emperador en la llanura, y luego esperaban, en pie, toda una noche y uno contra veinte, que apuntara el sol y que llegara el emperador. Y de este modo ganaban sus castillos, sus villas y sus tierras, y de este modo, cuando, pasados unos años, se buscaba con los ojos á los que realizaban tales hazañas, los jóvenes eran duques y los viejos eran reyes. Vosotros—como los chacales y como las bestias de presa—, escondidos en la maleza, con el puñal en la mano, viles, mudos, en el vicio de un pantano ó á la orilla de los caminos, temiendo hasta la mordedura de los perros vagabundos, espiáis por la noche el paso de un viajero errante, ó los cascabeles de una mula, y os reunís á centenares para cortar á un hombre la cabeza; dado el golpe os retiráis á vuestras madrigueras... ¡Y os atrevéis á hablar de vuestros padres!... ¡Vuestros padres, fuertes entre los fuertes y grandes entre los grandes, eran conquistadores! ¡Vosotros sois ladrones!

(Los burgraves bajan las cabezas con sombría expresión de abatimiento, de indignación y de miedo.)

Si tuvieseis corazón y alma, podría deciros: ¡vuestra infamia es demasiado grande! ¿Qué momentos escogéis para hacer vosotros, los barones, oficio de bandidos? La hora en que expira nuestra Alemania. ¡Oh, ignominia! ¡Hijos mal nacidos, despojáis á la madre en su agonía! Llora ella y, levantando al cielo sus brazos crispados, os maldice. Y lo que ella os dice en voz baja, yo lo repito en alta voz. ¡Sed malditos! Vuelvo desde ahora á entrar en uso de mis derechos, y terminado mi propio castigo, me dispongo á castigar.

(Ve á los dos margraves PLATÓN y GILISSA y se dirige á ellos.)

Marqués de Moravia y marqués de Lusacia, ¿vosotros en las márgenes del Rhin? ¿Es este vuestro sitio? Mientras que estos bandidos os festejan riendo, los caballos enemigos relinchan hacia Oriente. Las hordas de Levante están á las puertas de Viena. ¡A la frontera, señores! Y acordaos de Enrique el Barbado y de Ernesto el Acero. Nosotros guardamos las almenas, vosotros el foso. ¡A la frontera!

(Descubriendo á GIANNILARO.)

¡Giannilaro! Tu presencia me molesta. ¿Qué vienes á hacer aquí? ¡Genovés, vuelve á Génova!

(Al pendragón de Bretaña.)

¿Y tú, qué nos quieres, señor Uther? ¡Cómo! ¿También bretones? ¡Todos los aventureros del mundo están aquí!

(Otra vez á PLATÓN y GILISSA.)

Los margraves pagarán cien mil marcos de multa.

(Al conde Lupo.)

¡Mucha juventud, pero mayor perversidad! Ya no eres nada, conde. Devuelvo las franquicias á tu villa.

(Al duque Gerardo.)

La condesa Isabel perdió su condado y el ladrón eres tú, duque. Te dirigirás á Basilea; allí convocaré yo mi cámara imperial, y allí, públicamente, andarás una legua, llevando á cuestas á un judío.

(A los soldados.)

¡Libradme á los cautivos! ¡Y que ellos mismos, con sus manos de esclavo, aten sus cadenas al cuello de los burgraves!

(A los burgraves.)

¡Ah! No esperabais este despertar, ¿verdad? ¡Cantabais, con el vaso en la mano, el amor y los largos festines; hundíais alegremente vuestras uñas en vuestra presa, y destrozando á mi pueblo—que me es tan querido—os repartíais riendo las tiras de su piel! Pero, repentinamente, aparece el vengador indignado y severo, en el antro inaccesible. El emperador hinca el pie en vuestras torres y el águila clava sus garras entre la tropa de cuervos.

(Todos parecen heridos de consternación y de terror. Desde hace algunos momentos Job ha entrado y se ha mezclado en silencio á la tropa de los caballeros. Sólo Magno ha escuchado con serenidad al emperador y no ha dejado de mirarle fijamente mientras hablaba. Cuando Barbarroja concluye, Magno le contempla otra vez, de los pies á la cabeza, y su cara resplandece de alegría y de furor.)

MAGNO

¡Sí, es él! No cabe duda, ¡es él! ¡Vivo!

(Con gesto formidable separa á los soldados y á los príncipes; se dirige al fondo, salva en dos pasos la escala de seis peldaños, apoya sus puños en las almenas de la galería y grita, á lo exterior, con voz tonante.)

¡Triplicad la guardia! ¡Los arqueros al torreón! ¡Los honderos á ambas alas! ¡Alto el puente! ¡Bajo el rastrillo! ¡Armad las catapultas! ¡Mil hombres al torrente! ¡Mil hombres á las almenas! ¡Soldados! ¡Corred á los bosques, arrancad granitos y mármoles, derrumbad los troncos más altos y en la cima del monte que amenaza al mundo, levantadme un cadalso digno del emperador!

(Vuelve al proscenio.)

¡Él mismo se ha entregado!... ¡Le tengo en mis manos!

(Cruzando los brazos y mirando cara á cara al emperador.)

¡Te admiro! ¿Dónde están tus hombres? ¿Dónde los abastecedores del Imperio? ¿Tus clarines volverán á sonar? Sobre este castillo que te propones arruinar, ¿esparcirás sal, como en Lubeck, ó alcanfor, como en Pisa? ¿Qué silencio es este con que vienes? ¿Es que llegas solo? ¿Y tu ejército, César? Ya sé que esta es tu costumbre y que así, con la espada en la mano, solo, derribando una puerta y pronunciando tu nombre en voz alta, te apoderaste de Tarso y te apoderaste de Cori; con sólo un grito forzaste á Génova y con un paso á Roma; tembló la Lombardía cuando vió que en Milán se estremecía á tu soplo el árbol de hojas de hierro; ya sabemos todo esto; pero ¿sabes tú quiénes somos nosotros?

(Mostrando á los soldados.)

No hace mucho hablabas á estos hombres y les llamabas veteranos, camaradas... Está bien. Pero no veo que se hayan movido. Y es porque aquí tú no eres nada. Es mi padre el temido y es mi padre el señor. Son los soldados del conde Job, antes que los soldados de Dios mismo. César, sólo el huésped es sagrado para el bandido. Pero tú ya no eres nuestro huésped, tú mismo lo has confesado.

(Señalando á JOB.)

¡Escúchame! Este anciano que aquí ves es mi padre. Él fué quien imprimió en tu brazo el hierro candente, y hoy te reconocemos mejor por las huellas de esta injuria que por el óleo sagrado, ya seco en tus sienes. El odio entre vosotros es viejo como vosotros. Tú pusiste precio á su cabeza, él puso precio á la tuya y hoy la tiene en su poder. Estás solo y desnudo entre nosotros. ¡Federico Barbarroja! ¡Míranos bien á todos! Más te valiera haber entrado en algún antro africano y verte rodeado repentinamente de leones y de tigres, que encontrarte en este círculo mudo de sombríos caballeros, Darío, Cadualla, Gorlois, Hatto y Magno, en casa del conde Job, burgrave del Tauno.

(Mientras MAGNO habla, el círculo de los burgraves se va cerrando en torno del emperador. Detrás de los burgraves ha venido á colocarse silenciosamente una triple línea de soldados armados hasta los dientes, por encima de cuyas cabezas flota la gran bandera del burgo, mitad roja y mitad negra, con una hacha de plata bordada en campo de gules y esta leyenda al pie del hacha: *Monti Comam viro caput*. El emperador, sin retroceder un paso, mantiene en respeto á la turba. De repente, cuando MAGNO concluye de hablar, uno de los burgraves saca su espada.)

CADUALLA, sacando su espada

¡César! ¡César! ¡César! Devuélvenos nuestras ciudadelas.

DARÍO, sacando su espada

Y nuestros burgos, que ya son nidos de golondrinas.

HATTO, sacando su espada

Devuélvenos nuestros amigos muertos, cuyos espectros flotan sobre estos torreones.

MAGNO, enarbolando su hacha

¡Ah! Tú sales del sepulcro, pero yo te vuelvo á él,

para que en el mismo instante en que el mundo diga con júbilo: ¡está vivo!, el eco responda: ¡ha muerto! Tiembla, pues, tú, que hace un momento nos amenazabas á nosotros.

(Todos los burgraves, con la espada en alto, amenazan á BARBARROJA con gritos formidables. JOB sale de entre la turba y levanta su mano. Todos se callan.)

JOB, al emperador

Señor, mi hijo Magno ha dicho verdad. Vos sois mi enemigo. Yo soy quien, hace ya tiempo, levanté la mano airada contra vuestra majestad. Os odio. Pero quiero una Alemania en el mundo. Mi pueblo agoniza. ¡Salvadle! Yo caigo aquí, de rodillas, delante de mi emperador que Dios me trae.

(Se arrodilla delante de BARBARROJA, luego se vuelve á los príncipes y á los burgraves.)

¡Todos de rodillas! ¡Arrojad al suelo vuestras espadas!

(Todos sueltan sus espadas y se prosternan, excepto MAGNO. JOB, de rodillas, habla al emperador.)

Vos sois necesario á la nación herida. ¡Sólo vos! Sin vuestro auxilio el Estado agoniza. Pero en Alemania hay todavía dos alemanes, vos y yo. Vos y yo; ya bastará, señor. Reinad.

(Designando con el gesto á los asistentes.)

En cuanto á éstos, les he dejado hablar. Excusadles. Son mozos.

(A MAGNO, que ha permanecido en pie.)

¡Magno!

(MAGNO, presa de una vacilación sombría, parece dudar. Su padre hace un gesto. MAGNO cae de rodillas. JOB prosigue.)

En todo tiempo barones y siervos, cascos y pies des-

nudos, cazadores y labradores, tuvieron odios entre sí; en todo tiempo las montañas hicieron guerra á los llanos. Ya lo sabéis; pero yo confieso sin esfuerzo, que los barones obraron mal y que las montañas se equivocaron.

(Levantándose, á los soldados.)

Que se deje en libertad á los cautivos.

(Los soldados obedecen en silencio y sueltan las cadenas de los prisioneros, que durante esta escena se habrán ido agrupando en la galería. JOB prosigue.)

Vosotros, burgraves, aceptad los grillos y las cadenas. El César lo quiere.

(Los burgraves se yerguen indignados. JOB les contempla con autoridad.)

Yo el primero.

(Hace á un soldado gesto de que le ponga en el cuello el anillo de los esclavos. El soldado baja la cabeza y aparta los ojos. JOB vuelve á hacerle la petición. El soldado obedece. Los otros burgraves se dejan encadenar sin resistencia. JOB, con la cadena en el cuello, se dirige al emperador.)

Henos aquí como queríais, augusto emperador. En su propio palacio el conde Job es esclavo y te entrega su cabeza. Ahora, si las frentes que la tempestad ha combatido merecen piedad, escuchadme, señor. Cuando descendáis á las fronteras para combatir, hacednos esta última gracia, dejad que os sigamos, tropa de armados prisioneros. Nosotros conservaremos nuestros grillos, pero colocadnos en frente de vuestros enemigos; y fueren quienes fueren, húngaros, vándalos ó magiares, aunque sean más numerosos que en el mar los granizos de la primavera ó las nieves del invierno, aunque vengan más unidos que las espigas en el llano, ¡oh, señor!, habréis de vernos, con el alma llena del amargo dolor que se trueca en bravura, barrer las hordas enemigas delante de vos, terribles, encadenados, rojas de sangre las manos,

forzados por nuestros grillos y héroes por nuestras espadas.

EL CAPITÁN de los arqueros del burgo, dirigiéndose á JOB é inclinándose para recibir sus órdenes

Señor...

(JOB mueve la cabeza y con el dedo le indica que se dirija al emperador, silencioso é inmóvil. El capitán se vuelve al emperador y le saluda profundamente.)

Monseñor...

EL EMPERADOR, señalando á los burgraves

¡A los calabozos!

(Los soldados se llevan á los barones, excepto á JOB, al que retiene el emperador con un signo. Todos salen. Cuando están solos, FEDERICO se acerca á JOB y desata su cadena. JOB le deja hacer con estupor. Momento de silencio. El emperador, mirando á JOB fijamente.)

¡Fosco!

JOB, estremeciéndose

¡Cielos!

EL EMPERADOR, llevándose un dedo á los labios

No hagamos ruido aquí.

JOB, aparte

¡Dios mío!

EL EMPERADOR

Luego vé á esperarme en el sitio á donde vas todas las noches.